

# Revisión Retrospectiva de Novelas Venezolanas

## Los Diablos Danzantes, de Arturo Croce (\*).

El mero título de esta novela traslada de inmediato la imaginación del lector a los valles del Tuy, donde se asienta el pueblo de San Francisco de Paula de Yare con su tradicional comparsa de "diablos danzantes".

Según el dato más antiguo de los libros parroquiales, establecióse dicho pueblo por el año de 1718, con motivo de haberse señalado aquel paraje para edificar Iglesia del curato rural, necesario para el socorro espiritual de los esclavos negros y demás personas ocupadas en las haciendas de cacao de la región, habitantes parte en el casco del pequeño pueblo, y la inmensa mayoría en los campos. El año de 1783 la población total llegaba a 1.300; de éstos, casi 900 eran negros, en su mayor parte esclavos; unos 260 entre pardos e indios; y algo más de cincuenta entre blancos y mestizos. La Iglesia en sus primeros años tenía por patrono a San Nicolás de Bari; pero, no se sabe por qué desde 1726 se cambió por San Francisco de Paula, con que permanece hasta el presente.

En nuestros días raro será el venezolano que no haya oído hablar de Yare, dado el interés tan grande que ha despertado, sobre todo entre los cultores del folclor, y entre fotógrafos y artistas del pincel, la ritual comparsa religiosa de "diablos danzantes" que anualmente rinden simbólico homenaje de acatamiento al paso de la procesión del Santísimo Sacramento en la solemnidad del Corpus Christi.

Esa tradicional y pintoresca mascarada ha significado siempre para las gentes sencillas de Yare algo muy diverso de un simple espectáculo de disfraces diablescicos, de formas y colorido casi grotesco, que danzan al compás del rudimentario y monótono ritmo del tambor. La salida anual de esa comparsa no es sólo una tradición de origen religioso doctrinal, expresión de fe y devoción ante la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Representa, además y sobre todo una salvaguardia a la cual se acogen las gentes humildes de Yare, mediante la promesa de concurrir a honrar a Dios en su misterio adorable. Hay en ello, es cierto, la continuidad de una tradición doctrinal, como manifestación rendida de

fe y acatamiento a Jesucristo presente en la Eucaristía. Pero en su sentir más íntimo y personal, los componentes de esa comparsa lejos de un mero espectáculo popular y pintoresco, buscan ante todo dar cumplimiento a una promesa. De ahí el nombre de "promeseros" que ellos se dan. Pues a lo largo del año, cuantas veces aquellos hombres temen o sufren algún trance difícil —enfermedad, desempleo, mala cosecha...—con fe ciega y firme esperanza religiosa buscan el remedio mediante la promesa de acudir, en la próxima fiesta de Corpus, a rendir su homenaje al Santísimo, disfrazados en la expresiva danza diablesca. Aquello es el pago que honrada y públicamente hacen de sus promesas del año. Y tanto es así que, cuando por muchos años ni folcloristas ni curiosos de otras partes se habían preocupado de ese espectáculo, ya hacía dos siglos que los "promeseros" de Yare sacaban religiosamente su comparsa cada año.

Ni tampoco trajo cambio alguno en esa tradición la circunstancia de haberse transformado, sobre todo en el presente siglo, las labores agrícolas de la región. También en Yare, como en tantos otros puntos del país, la crisis del cacao obligó gradualmente a la disminución de este cultivo, antaño la más valiosa de nuestras fuentes de riqueza. Otros frutos menores y la ganadería, aunque no en gran escala, sustituyeron poco a poco al cacao. Y mientras muchas tierras fueron quedando en barbecho, no pocos trabajadores campesinos emigraban a otras regiones de alguna actividad industrial, como por ejemplo a los campos petroleros del Oriente; y los que se quedaban, defendían con tenacidad su existencia, mediante el cultivo rudimentario de conucos y parcelas, por los que pagaban un canon de arrendamiento —no siempre fácil de saldar— a los dueños de las viejas haciendas.

Aquí supo encontrar Arturo Croce oportuno filón y tema para su novela. Del pintoresco espectáculo de los "diablos danzantes" como punto de arranque, traza y tiende un como puente lógico —y según parece muy real— que nos lleva al problema humanísimo, social y económico, que confrontaban los humildes campesinos yarenses de una de aquellas haciendas. Su dueño, Julián Yarecua, mirando por sus propios intereses, ha resuelto convertir sus tierras en potrero para la cría y engorde de ganado. Esto supone el desalojo de los sufridos parceleros y conuqueros. Como, por otra parte, éstos cada vez se retrasan más en el pago de los cánones de arrendamiento, hasta hacerseles casi imposible su cancelación, Yarecua considera aún más justificado ordenar la desocupación de aquellas parcelas. Para esos campesinos tal desocupación significa perderlo todo; trabajo y pan, pues viven ellos y sus familias de los frutos que cultivan —cambures, yuca, gallinas, algún marrano—; y perder también vivienda: el rancho de bahareque, construido sin duda por sus propias manos.

(\*) Esta novela obtuvo el Premio nacional "Aristides Rojas", correspondiente a 1959.

Así planteado el conflicto, el autor entra a resolverlo por un camino que juzgamos en extremo muy acertado desde el punto de vista social. Y lo que es más de alabar, logra aquella solución sin matar el interés dramático del tema, y sin salirse del marco propio de una acción totalmente novelística.

Problemas de parecida índole han encontrado no pocas veces, en otras novelas venezolanas, un desarrollo doblemente desacertado. Croce ha salvado, con gran tino esos dos escollos, que son: uno de fondo y otro de forma. El primero consiste en dejarse llevar de cierto excesivo celo reformista y vindicador, que fácilmente induce a darle a la novela un carácter demagógico, con planteamiento de soluciones de crecida violencia e incomprensión entre las partes litigantes; y al final —como única solución posible— llegar a un desastre total y trágico que en realidad nada soluciona. El otro peligro atenta contra la forma literaria, al olvidarse el novelista de que lo que está escribiendo no es un ensayo, o una exposición, sobre un tema social; y que tratándose de novela, no es el autor quien más debe hablar a lo largo de su obra, sino sus personajes, y aun éstos, más que con largos parlamentos, deben expresarse con hechos que formen la trama de la acción novelística.

Croce ha sabido darle a un tema social bravo y de realísima actualidad, un planteamiento de verdadera novela. En su libro hay un enfoque claro y bien ambientado del argumento. Hay personajes hasta cierto punto bien creados. Esos personajes llevan el peso de la acción. Y ésta, trabada con buena lógica en sus líneas fundamentales, logra un desarrollo que sostiene el interés y lleva a una solución legítima. Todo esto ya nos está diciendo que *Los Diablos Danzantes* lleva bien puesto y ganado el nombre de novela.

Pero de manera casi enfática debemos indicar que, a nuestro entender, el mayor mérito de esta obra, en lo que respecta a la manera de tratar el problema social agrario, consiste en el tono de sana comprensión, y de sentido humano, como se lo lleva a una solución final pacífica y esperanzadora, victoriosa sobre los intereses egoístas que desde el principio rondaban y estallaban como en actitud de irreductible violencia.

Croce se trazó un plan de acción nada fácil ni rutinario, que hubo de requerirle trabajo muy sereno y bien pensado para sacarlo adelante. Y lo sacó con acierto y con arte. Logra sostener el interés del lector, el cual a cada paso cree vislumbrar ya la solución por la vía tentadora de la violencia desatada. Pero solamente en los últimos capítulos asoma el desenlace comprensivo y pacífico, hasta poco antes imprevisto. Y la impresión final, al cerrarse el libro, no puede ser sino grata y optimista, ante el triunfo de la justicia sin imposición de fuerza, sino por la comprensión humana, cuando Yarecua habla por

última vez a su hijita y le dice: “—Regresaremos, hija, para vivir como debemos vivir, en paz con la tierra y con sus hombres”. Y la conclusión de todo aquello flotaba en el ambiente. No había por qué expresarla. Los “promeseros” —los pobres campesinos— no obstante el profundo abatimiento y las desgracias que los habían asediado, o quizás por eso mismo, sin faltar ninguno —ni aun el mismo achacoso Roque Tuyare— todos acudieron a pagar su promesa como siempre, a bailar como “diablos” en la fiesta del Corpus, aun antes de saber que todo se arreglaría. Y la promesa cumplida no los defraudó. Trás de la fiesta, casi impensadamente, llegaba el arreglo de su angustiosa y desesperada situación. La fe de los yarenses había triunfado con sus “Diablos Danzantes”.

¡Bienvenida la hora en que desde las páginas de una novela de asunto grave y actual de la vida venezolana, se dicta una lección francamente constructiva, y en la que sin ñoñeces ni dulzainas, no se ha tenido sonrojo sino valentía para proclamar que no son precisamente el odio y la violencia la solución necesaria para los conflictos sociales y económicos de nuestros días!

Con ser ésta la primera incursión de Croce —hasta ahora decidido cuentista— en el campo de la novela, ha probado que el nuevo género no esquivo doblegarse bajo los rasgos de su pluma. Y cabe esperar, por ello, que tras de esta obra primeriza, podrán venir otras en las que se afinquen y cobren mayor relieve las cualidades que en ella se advierten. Y a la vez todos los elementos fundamentales y aun accesorios que constituyen la estructura cabal de una novela habrán de lograr una más decidida y rigurosa elaboración.

Señalemos, concretamente, lo que de algunos nos parece oportuno comentar en *Los Diablos Danzantes*. Ya indicamos más arriba, a otro respecto, que Croce acierta en lo sustancial de dar a su obra verdadero carácter de novela, al poner en marcha una acción bien planeada y bien concluida. No negaremos que a ratos se desearía un más acelerado ritmo en el proceso de esa acción. Los episodios, aunque bien encadenados, más tienen vida e interés por el contenido humano que encierran, que por su expresión literaria. pues ésta en realidad entraba un poco su desarrollo. Quizás con ese fondo de manifiesta lentitud haya logrado el autor, sin expresa intención, crear la impresión adecuada a la índole de la paciencia y aguante de nuestros sufridos campesinos, y al logro demorado de una solución favorable y pacífica —no fácil al principio— para el problema que se les planteaba.

Empero creemos que esa lentitud se debe, en parte al menos, al limitado uso que el autor hace de recurso tan sustancial en toda la novela, cual es el diálogo. Croce, se diría, le ha tenido un poco de miedo a hacer dialogar más a sus personajes. Es cierto que este artificio ofrece gra-

ves riesgos, y exige —por ende— además de muy fina observación directa, una como despersonalización del autor para revestir su estilo con los arreos literarios —si cabe la expresión— tan variantes, de los diversos personajes que pone en escena. Su mejor logro en esto quizás lo hallamos en el capítulo 4, durante el animado juego de bolas en el rancho de Bruno Cuira. Salvo este pasaje, por lo general nuestro autor apenas da lugar a rápidos cambios de frase, y al punto toma él de nuevo la voz cantante, como temeroso de que el relato pueda perder ilación o salirse de marco. Y aun cuando lo que nos cuenta está todo bien dicho y lleva adelante la acción con exactitud, sin malabarismos eruditos ni descriptivos, todavía a lo largo de casi cuatrocientas páginas de novela, ésta resulta a ratos, un poco monológica. Citemos, por caso, el capítulo 7, tan bien contado, pero en el que la acción casi se reduce al relato del autor.

A esa consistente postura primordialmente narrativa habrá tal vez que atribuir así mismo la falta de personaje protagonista. No creemos cosa esencial que lo tenga toda novela, representado expresamente en un ser humano. Pero ciertamente un personaje central, de carne y hueso, forjado con acierto, ofrece siempre al novelista base magnífica para cargar en aquél el peso principal y el dramatismo de la acción. En **Los Diablos Danzantes** Julián Yarecua no alcanza talla de protagonista, aun cuando lógicamente parecería serlo. Nos atreveríamos a decir, más bien, que nos hallamos ante el caso de un protagonista múltiple, representado por el grupo de campesinos —Roque, Bruno, Hilario, etc.— que son el alma colectiva de unos seres enfrentados a idéntica situación adversa. Pero esta circunstancia, aun cuando capaz de compactarlos y unificarlos, hace que el dramatismo de la acción se diluya necesariamente en diversas experiencias individuales. Y de aquí nace también el hecho de que en toda la novela no se encuentre ningún momento especial de intenso clímax en el juego de pasiones, de donde pudiera luego arrancar el descenso con la solución del problema.

De aquí también que echemos de menos una más precisa y terminante delineación de los

caracteres principales; pues éstos, aun cuando consistentes y lógicos en todas sus reacciones, no acaban nunca —sin embargo— de revelárenos a plena luz, con todo su contenido psicológico. Pero en cambio hagamos constar, con vivo aplauso, que al fin, después de mucho esperar la novela venezolana encuentra en Croce un autor que ha sabido extraer de la vida nacional, personajes de diversa categoría, que no representan sólo lo malo y lo perdido —el desecho humano— sino la verdad de lo mucho bueno y salvable que no podía menos de existir en nuestro conglomerado social.

Y valga también la observación precedente para lo que respecta al personaje del sacerdote —el buen Padre Luciano— a quien Croce con gesto honrado y casi audaz, no maltrata ni presenta en la forma injusta y descortés, tan frecuente en otros novelistas venezolanos, sino dignificado y cumplidor campechano de su elevada misión religioso-social.

Finalmente señalemos también que Croce evitó, casi con heroica persistencia, incurrir en el halago tentador de la descripción paisajista. Con ser la suya novela del campo, prefirió con acierto concentrar su atención en el conflicto humano de los habitantes del campo. El paisaje surge, acá y allá, en leves toques, no pintados, sino sentidos mediante el recurso —muy original— del olfato. Croce olfatea el paisaje. Menean frases de esta guisa: “La hora olía a poteros rociados a penetrante evaporación mañanera”; “Algo crudo le molestaba la conciencia, con el olor de la vegetación entre pastos pisoteados”; “Los pastos daban un olor peculiar que se metía hasta el corredor en fiesta”; “Roque se alejó del rancho, olfateando la cercanía del desmonte”, y otras.

Con esta primera y atinada experiencia novelística, Croce ha demostrado que puede domeñar el género; y que un nuevo y reposado esfuerzo, de igual sentido sano y constructor, sobre diverso o parecido tema, puede llevarlo a la creación de obras perdurables —aún más que la presente— en las letras nacionales y americanas.

Así lo deseamos, y así también lo esperamos.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.